

El bautizado: ¿oprimido o miembro de una comunidad liberadora?

El bautismo celebra la acogida de un nuevo miembro en la comunidad cristiana que es la Iglesia. Al igual que sucede con los demás sacramentos, la reflexión puede abordarse de dos maneras: o partiendo de las tradiciones que nos invitan a celebrar este rito, o partiendo de las situaciones humanas concretas que podrían ser festejadas.

A lo largo de la historia, las tradiciones religiosas, o simplemente culturales, son siempre las primeras; dichas tradiciones ofrecen ciertas lecturas de la realidad concreta que determinan lo que se desea festejar e indican (a veces bastante mal) aquellas tensiones que merece la pena «señalar» significativamente.

Las tensiones humanas que subyacen al bautismo

¿Cuáles son las tensiones humanas que subyacen al bautismo? Pues son las que evocan el ingreso de una persona en un nuevo grupo y el descubrimiento de un nuevo tipo de relaciones; y constituyen un «paso» o momento decisivo y una especie de *re-nacimiento*. El nacimiento

puede definirse culturalmente, en efecto, como la entrada en una red o tejido de relaciones humanas; ahora bien, el ser acogido en una comunidad es una manera de reestructurar o renovar esa red de relaciones humanas y, consiguientemente, es en realidad un nuevo nacimiento.

La recepción en la Iglesia puede tener lugar en la edad adulta o ya en la primera infancia. La fiesta, lógicamente, no puede ser la misma cuando se trata de adultos que cuando se trata de niños. Pero, dado que es el bautismo de niños el más frecuente, es de esta celebración de la que preferentemente vamos a hablar; en el caso de la recepción de un adulto, habría que hacer algunas adaptaciones.

La aparición de un nuevo miembro trastorna las relaciones que se dan en el grupo y modifica su estructura. En el caso de un niño, la modificación de las relaciones familiares es particularmente profunda; si se trata del primer hijo, su nacimiento afecta sobre todo a los padres; si no es el primero, entonces también los hermanos y hermanas experimentan la diferencia. Estos cambios no siempre se viven fácilmente: los padres se ven obligados, efectivamente, a reestructurar su manera de emplear el tiempo y hasta su afectividad, por causa del hijo; por lo que se refiere al nacimiento de un hermanito o una hermanita, en ocasiones es experimentado por los otros hermanos como una intrusión. Con independencia incluso de toda tradición religiosa, es importante tomarse tiempo para vivir estas modificaciones, que son las que habrá que tocar de algún modo en el rito, so pena de «pervertir» la celebración. Las familias que no «señalan» significativamente la ocasión, se arriesgan a experimentar un malestar que se prolongará mientras no sean capaces de integrar el cambio. Una de las razones para celebrar un bautismo la constituye, pues, la necesidad de tiempo para habituarse a experimentar las modificaciones introducidas por la llegada del nuevo miembro. Su entrada en el grupo suscita una serie de preguntas: ¿Qué

lugar se le va a dar? ¿Qué es lo que se va a vivir con él? ¿Será aceptado y amado o será rechazado? Su presencia entrañará inevitables conflictos, porque, después de todo, sólo se comienza a vivir realmente con alguien cuando se ha experimentado que ese alguien le ha arrancado a uno de sus propias rutinas: en ese momento aparece verdaderamente como «otro», como distinto de uno mismo. Y entonces se plantea una nueva pregunta al grupo que lo acoge: ¿Será esta comunidad para él un lugar en el que pueda respirar, en el que le sea manifestado el amor y en el que, en último término, le sea hecho Dios visible? Es así como, poco a poco, a partir de la acogida del nuevo miembro, se van suscitando cuestiones cada vez más radicales que acabarán introduciéndonos en el misterio de la salvación en su totalidad.

Casi todos los padres se hacen estas preguntas de un modo más o menos confuso. Las esperanzas que abrigan para su hijo son grandes, pero todas ellas se esbozan sobre un telón de fondo hecho de temores, porque saben, por otra parte, que el mundo es cruel y abrumador. El mundo no es únicamente una comunidad en la que todos se aman, sino también —¿habría que decir, tal vez, «en primer lugar»?— una sociedad opresora, explotadora, alienante (dicho en términos de teología tradicional: una sociedad marcada por el pecado original). Y los propios padres se preguntan si serán ellos capaces de conceder a su hijo su propia independencia o si, más bien, lo que harán será «protegerlo» o imponerse a él. Y se preguntan también en qué medida se verá condicionado el hijo por las limitaciones (psicológicas, económicas, sociales, etc.) de los padres y por el propio funcionamiento de la sociedad. Porque es indudable que, ya desde el comienzo de su existencia, el niño está marcado por estas limitaciones, las cuales no son únicamente «fatalidades», sino también el resultado de un sistema histórico caracterizado por la presencia del mal en la sociedad y en la respectiva evolución de cada individuo.

El misterio del mal y la esperanza

El misterio del mal ha sido simbolizado en las tradiciones cristianas por la doctrina del pecado original. Según esta doctrina, los seres humanos viven en una comunidad en la que los hombres oprimen a los hombres, en una comunidad de «pecado»; y esta opresión afecta a toda la comunidad humana, hasta el extremo de marcar a los individuos en lo más profundo de su psicología. Esta doctrina tradicional no describe una situación puramente individual (algo así como la imagen de una mancha en «mi» alma), sino que apunta sobre todo a una situación colectiva que, por otra parte, afecta a cada individuo en lo más profundo de sí. El individuo se ve afectado por este misterio del mal por el simple hecho de ser miembro de la comunidad humana (hasta hace poco, se hablaba más bien del efecto de pertenecer a la *raza humana*, y sólo la unidad de raza evocaba la unidad de la comunidad). La doctrina tradicional evitaba cuidadosamente presentar este misterio como un destino eterno; el pecado original, por el contrario, era presentado como algo histórico, directamente vinculado a Adán y Eva. El mito del pecado original invita, pues, a buscar en la historia humana los mecanismos a través de los cuales se ha construido (y sigue construyéndose) la sociedad de pecado o de opresión. Dicho con otras palabras, esta tradición invita a ver cómo afectan históricamente los sistemas sociales (económicos, familiares, políticos) a los individuos en lo más profundo de ellos mismos.

Todo ello, por lo demás, guarda cierta relación con el enfoque del psicoanálisis cuando éste considera de qué modo los conflictos paternos influyen en la formación de la psicología de los hijos. Y así, el psicoanálisis constata cuán difícil es, en una sociedad patriarcal, establecer un auténtico «compañerismo» entre un hombre y una mujer. Son consecuencias de la historia, de las que nadie es individualmente responsable, pero de las que todo

el mundo está profundamente impregnado. Lo mismo ocurre con las relaciones laborales y con la explotación en un mundo capitalista (ya se trate de un capitalismo de Estado o de un capitalismo liberal): todo el mundo lo vive y sufre sus consecuencias, sin dejar por ello de ser cómplice de alguna manera. Estas y otras muchas alienaciones, que las tradiciones cristianas han denominado «consecuencias del pecado original», son experimentadas, al menos confusamente, por los padres o los seres cercanos al recién nacido.

En suma, la recepción de un nuevo miembro en una comunidad siempre tiene lugar sobre el trasfondo de una sociedad de opresión; paralelamente, el bautismo se celebra ante una comunidad afectada por el pecado original. En ambos casos, un lenguaje simbólico habla de una alienación que afecta a todos los humanos y que no es producto del azar o de cualquier tipo de fatalidad, sino el resultado de las acciones históricas humanas; una alienación, en fin, de la que nadie es individualmente responsable, pero de la que todos somos, de algún modo, cómplices. Es sobre este trasfondo sobre el que la esperanza de los cristianos tiene su sentido.

Descritos de un modo más bien abstractos, este pecado del mundo y esta sociedad de opresión pueden parecer conceptos intelectuales y un tanto ajenos a la vida concreta de una comunidad que acoge en su seno a un niño. Para hacer más concretas estas consideraciones basta, sin embargo, con hacer a los padres y a los familiares una pregunta muy sencilla: «¿Cuáles son vuestros temores y vuestras preocupaciones acerca del futuro de este niño?». Por lo general, las respuestas son, más o menos, como éstas: «Que no pueda hacer lo que desea»; «que vayamos a tratar de imponerle nuestras ideas y criterios, hasta el punto de impedirle vivir por sí mismo»; «que vaya a engrosar el número de parados, como tantos otros»; «que tenga mala salud»; «que en la escuela tope con maestros que destruyan su originalidad»; «que en las

clases de religión se le inculquen ideas que tienen muy poco que ver con el Evangelio de Jesucristo»; «que caiga en manos de un Estado, un partido político, una empresa o una iglesia que trate de utilizarle para sus fines»; «que se vea obligado a hacer la guerra»; «que no consiga aprender a amar», etc. Si se deja expresarse a la comunidad, ésta describirá con mucha precisión la fisonomía de las opresiones de nuestra sociedad.

La comunidad del Reino

¿Cómo salir de esta alienación? La respuesta cristiana es sencilla: Dios suscita, entre los hombres y las mujeres, su Reino, es decir, una comunidad en la que reinen el perdón y la ternura, gracias al amor incondicional de Dios y de quienes tratan de seguir a Jesús. De este modo, Dios instauro su justicia, que es la liberación de todas las opresiones. Liberación que afecta a algo más que a la «vida interior», porque su objeto lo constituye todo cuanto es humano: cuerpo y espíritu, individuos, grupos, organizaciones y colectividades.

La asamblea de los fieles (la Iglesia) intenta vivir ya desde ahora ese Reino. Cuando la Iglesia celebra su existencia, se está refiriendo a este don de Dios —aún por venir, pero ya presente—, que es Reino de amor y justicia, reino de perdón y gratuidad. De este modo, las comunidades cristianas se perciben a sí mismas como lugares en los que se proclama y actúa la liberación de Dios; pero esta liberación, en una sociedad y una Iglesia constantemente habitadas por la injusticia, nunca se adquiere completamente. La celebración de la Iglesia, su existencia como sacramento, consiste en festejar en esta ambigua situación la esperanza que la habita. Ahora bien, existen evidentemente muchos lugares de «liberación» fuera de la Iglesia, porque ésta no tiene en absoluto el monopolio de la misma.

Pero, una vez más, hay que tener cuidado de que esta noción de comunidad liberadora no se quede en una abstracción vacía. El animador de la celebración puede preguntar: «¿Cuáles son las acciones que emprendemos al objeto de luchar contra la injusticia y construir el Reino?». Y una vez más las respuestas pueden ser muy diversas. Los padres, por ejemplo, explicarán que ellos no desean «poseer» a su hijo, sino, por el contrario, crear para él condiciones de libertad. Los militantes hablarán de acciones concretas en favor de grupos oprimidos o explotados. Otros relatarán las luchas emprendidas contra los sistemas burocráticos. E igualmente las diversas «primaveras» religiosas y los distintos modos de los fieles de trabajar por el cambio de las estructuras de la Iglesia darán también testimonio de otros tantos lugares en los que puede nacer la esperanza. La evocación de aquellos y aquellas que han dado su vida en el combate por la justicia manifestará, de cara al nuevo miembro de la comunidad, el poder de Dios, que tiende a transformar todas las cosas.

El bautismo como representación del «paso»

El bautismo pretende celebrar (es decir, interpretar o «remedar ritualmente») ese «paso» que nunca se da del todo y que, sin embargo, se realiza sin cesar; reconoce en este «paso» la acción de Dios que libera. Se propone hacer experimentar cómo, cuando se descubre una comunidad en la que ya se viven el perdón, la ternura y la justicia, se tiene la sensación de emerger del mundo de pecado, de ser purificado y nacer de nuevo.

Los relatos de la liberación de Egipto y el paso del Mar Rojo han sido tradicionalmente utilizados para evocar esta liberación. En Egipto, el pueblo de Dios era esclavo del Faraón y de todas las estructuras de dominación que regían el país. Una vez que salieron de Egipto,

los hebreos llegaron a un lugar en el que podrían vivir como un pueblo libre. Este relato fundante simboliza perfectamente la tensión existente entre la esperanza de la comunidad y el análisis de las dominaciones que se dan en las sociedades y en las psicologías; se ha convertido en el símbolo privilegiado del Dios liberador.

La acción de una comunidad

En esta perspectiva, el bautismo puede ser descrito principalmente como el acto de una comunidad (llamada a ser por Dios) en favor del nuevo miembro; una manifestación concreta de su amor. El rito irá vinculado a una toma de conciencia, por parte de la comunidad, de que es en virtud de su acción concreta en la historia humana como puede hacerse visible el amor de Dios. El rito dará sus frutos si los miembros de la comunidad salen de él más decididos a constituir, los unos para los otros, una comunidad de liberación (una Iglesia) reunida por Dios con vistas a su Reino.

Es así, por lo demás, como puede afirmarse que el bautismo «confiere» la fe. En efecto, vivir la fe significa tener confianza en el amor de Dios manifestado con poder en su pueblo. El rito sacramental confiere la fe en la medida en que es capaz de transformar a la comunidad, haciéndole tomar conciencia de que es ella la que puede realizar esas liberaciones que hagan visible la acción de Dios. La fe no es conferida por una especie de mecanismo mágico, sino por aquello que el nuevo miembro sea capaz de sentir, tocar y experimentar al descubrir el poder actuante de Dios en la sociedad. «Vivir la fe» significa situarse en las tradiciones de quienes han reconocido a Dios a través de esas acciones liberadoras.

Bautizado en el nombre de Dios, exclusivamente

Las propias palabras del bautismo pueden ser entendidas en esta perspectiva de liberación de las dominaciones humanas. Efectivamente, en una sociedad en la que las personas tratan de adueñarse unas de otras, es importante afirmar que un ser humano no es propiedad de nadie. Es lo que conlleva la proclamación: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». El nuevo miembro no es bautizado en el nombre de su familia, de sus padres, de un partido político, de un clan, de una etnia o de una clase social, sino en el nombre de Dios, que es algo totalmente distinto. Se hace «hijo de Dios», y de nadie más. Esta referencia a Dios (que no se *adueña* de nadie) viene iluminada por aquella escena del Evangelio en la que el clan de Jesús trata de «recuperarlo», de hacerle «entrar en razón», de devolverle a «su sitio», a Nazaret; a lo que responde Jesús: «Mi madre, mis hermanos y mis hermanas son los que escuchan la Palabra de Dios y la practican». Ya con anterioridad nos había mostrado Lucas a Jesús separándose de José y de María para «ocuparse en las cosas de su Padre». También ahí se detecta la tensión entre una sociedad que quiere poseer a sus miembros y la libertad proclamada en el nombre de Dios.

Celebrar la esperanza en una sociedad opresora

Para que el bautismo ayude a la comunidad a experimentar en profundidad lo que vive, el rito debe fomentar el que se tome conciencia de las tensiones que se relacionan con la celebración. Así, y como ya dijimos más arriba, cada cual se verá llevado, por medio de las lecturas o del diálogo, a captar mejor la realidad del «pecado del mundo» en nuestra sociedad. Y convendrá que se detalle todo cuanto amenaza al nuevo miembro y

a la comunidad entera: dominaciones colectivas, guerras, injusticias, la misma rutina absurda de la vida urbana, las limitaciones psicológicas, las tensiones familiares, etc. Después se podrá reflexionar acerca de las tensiones inherentes a la aparición de un nuevo miembro. Si se trata de un niño, conviene mencionar toda la reorganización a que se verá sometida la vida de los padres; si se trata de un adulto, su cultura y su propia historia entrarán a formar parte de cuanto la comunidad habrá de tener en cuenta.

El ingreso del nuevo miembro en la comunidad sitúa a ésta frente a las múltiples tensiones simbolizadas por el concepto de «pecado original»; pero lo hace en una perspectiva de esperanza. Hay algo más que opresiones; no sólo cuentan los que condenan a Jesús a muerte; los cristianos afirman también la resurrección de Jesús y la acción de todos cuantos, después de él, han aprendido a mantenerse en pie. La celebración habrá de expresar, pues, las prendas de la liberación y los signos de la salvación.

Las solidaridades de la comunidad

El contraste entre las opresiones humanas y la esperanza de la salvación interpela a la comunidad que celebra el bautismo: ¿dónde se sitúa ésta? La visión de conjunto de la historia humana le plantea una pregunta radical y la obliga a tomar unas determinadas opciones de solidaridad. En las liturgias del bautismo, estas opciones venían simbolizadas, hasta hace bien poco, por la pregunta: «¿Renuncias a Satanás?». Pero en la simbólica moderna esta pregunta resulta extraña, porque, por una parte, la significación del término «Satán» ha quedado difuminada en muchas ocasiones y, por otra, la pregunta parecía un tanto moralizante. Pero hoy, bajo otras formas, se sigue preguntando —y tal vez de modo más exi-

gente incluso—: «¿Qué vamos a ser nosotros para el nuevo miembro? ¿Sabremos ser la comunidad testigo del amor gratuito e incondicional de Dios o, por el contrario, seremos cómplices de las opresiones humanas?». Ese «¿renunciamos a Satanás y a todas su obras?» equivale a preguntar: «¿Dónde nos situamos nosotros en esa historia en la que lo que está en juego es la justicia de Dios?». La pregunta no debe presentarse como si pretendiera culpabilizarnos por seguir siendo cómplices de un mundo de pecado y de opresión; lo que indica la pregunta es una opción radical en la existencia: la opción que fue siempre central en toda la praxis de Jesús. La comunidad cristiana, la salvación y la liberación, que es signo de ella, no se dan automáticamente, sino que son objeto de un combate en favor de la justicia en el que Dios toma partido por los oprimidos y en contra de las fuerzas del mal, tradicionalmente representadas por Satanás. No hay comunidad cristiana —y no hay bautismo, por consiguiente— sin esta referencia. Y esto es lo que proclamaba el Sínodo de los obispos en 1971: la lucha por la justicia es parte integrante del anuncio del Evangelio. No se trata de culpabilizar, ni de moralizar la religión, sino de indicar los objetivos, lo verdaderamente decisivo, lo que está en juego en la «historia sagrada».

Una luz en el mundo

El simbolismo del bautismo utiliza la luz del cirio pascual: en medio de las tinieblas de la noche ha aparecido una luz, íntimamente unida a la resurrección de Jesús. Aunque en virtud de su condena, su pasión y su muerte. Jesús parecía enteramente sometido a las fuerzas de las tinieblas, he ahí que Dios no le ha abandonado y la esperanza ha recobrado la primacía. También los discípulos de Emaús tenían la impresión de que todo estaba perdido; y sin embargo, la luz vuelve a estar con

ellos. Lo mismo ocurre con la comunidad cristiana y el nuevo miembro: confrontada sin cesar a la opresión, al pecado en todas sus formas y a la muerte, la comunidad encuentra su esperanza en la fe en esta acción liberadora de Dios, simbolizada por la resurrección de Jesús. Evidentemente, esta conmemoración de la resurrección de Jesús que siguió a su pasión no alcanzará toda su plenitud de sentido a no ser que la comunidad pueda ser luz de Cristo para el nuevo miembro.

El simbolismo del agua y de la inmersión hablan de la propia inmersión en la vida y la muerte, del «paso», del renacer y el nuevo frescor que acompañan al baño. Evocan el paso liberador del Mar Rojo. Entrar en una comunidad de amor puede hacer que cambie toda la existencia. Sumergirse en el agua es un modo de representar gráficamente lo que se espera de Dios: todos nos zambullimos en el misterio del mal para renacer en una comunidad nueva.

Las perversiones del bautismo

El sacramento del bautismo puede ser fácilmente pervertido, es decir, utilizado no para la liberación de los seres humanos, sino más bien en orden a su recuperación e integración en las estructuras de tipo social establecido (ya sean civiles o eclesíásticas).

La «perversión» más frecuente hoy día la constituye, sin lugar a dudas, la tendencia a considerar el bautismo como una «apropiación» del nuevo miembro por parte de la Iglesia. Una praxis bastante habitual iba en esta dirección, pues el Derecho canónico llega a afirmar que la Iglesia tiene sus derechos sobre el nuevo bautizado y que, desde el momento en que éste forma parte de la comunidad cristiana, queda sometido a su ley. Aunque sea posible interpretar positivamente estas afirmaciones, hay que reconocer que, en una Iglesia clerical y muchas

veces culpabilizante, la pertenencia a la comunidad cristiana no es siempre una «Buena Noticia». Cuando determinadas celebraciones del bautismo expresan la apropiación del nuevo miembro por parte de la «secta de los cristianos», nos hallamos ante un «sacramento pervertido». Es por esto por lo que el bautismo —y lo que éste parece implicar— constituye un problema para algunos padres. Los cursos de religión, a veces injustamente identificados con una «educación cristiana», no son vehículo todos ellos de la Buena Noticia de Jesús. Y si el Evangelio es liberador, no lo es siempre el discurso empleado por el clero y por la propia jerarquía. En una Iglesia a veces dominadora de las conciencias, los cristianos dudan en bautizar a sus hijos, por temor a que se viole su libertad.

Frente a tales temores, es importante que, con ocasión del bautismo, se precise claramente que el nuevo miembro no ingresa en la comunidad de tales personas, de tal clero, de tal obispo o de tal papa determinado, sino en la comunidad de Jesucristo. Si no se hace esta aclaración, se corre el peligro de confundir la esperanza del Reino con determinadas realizaciones concretas, que a veces dependen más de la cuenta de las alienaciones y el pecado del mundo.

En la misma perspectiva, el bautismo resulta también «pervertido» cuando se obliga al nuevo miembro a pasar por una especie de examen individual y se le pregunta si posee la fe y si renuncia a Satanás. Semejante actitud enmascara el verdadero motivo de la celebración, que no es otro sino el don gratuito de Dios frente al problema radical del pecado en el mundo. Por lo demás, este pecado no es ante todo un estado individual, sino una situación en la que todos estamos sumidos. Tratar de moralizar o teñir de culpabilidad el acceso al Reino es tanto como desnaturalizarlo, porque el Reino es el don gratuito de Dios, su gracia, la posibilidad misma de construir en Él una comunidad de amor.

Cuando se considera de este modo el bautismo de los niños, desaparecen muchas de las dificultades que suscita. ¿Qué problema hay, efectivamente, en celebrar el hecho de desear compartir con los hijos la esperanza de la que uno vive, a condición, eso sí, de que el ingreso en la comunidad cristiana no signifique atarle las manos a nadie? El bautismo de los niños, por tanto, debe siempre expresar con toda claridad que los propios bautizados tendrán que acabar decidiendo personalmente acerca de su vida: si la praxis de la comunidad cristiana llega un día a constituir para ellos un obstáculo («un objeto de escándalo»), será absolutamente normal y lógico que se alejen de ella.

Una última «perversión» del bautismo, por fin, me parece bastante habitual; me refiero a esas celebraciones en las que se acoge al nuevo miembro como si la sociedad no tuviera ningún problema y como si no existiera ninguna opresión, ninguna tensión, ningún «pecado original». Este tipo de ritos presenta una sociedad carente de conflictos, en la que «todo el mundo es bueno y noble». El bautismo resulta entonces una especie de fiesta que niega la realidad y hace creer que es posible protegerse de ella. De momento, semejante celebración puede resultar muy agradable, algo así como esos métodos psicológicos por los que se intenta convencer de que todo marcha perfectamente. Pero muchos sabemos que no es cierto; eso no es más que un modo —muchas veces inconsciente— de eludir la realidad y sus tensiones. Por eso no es frecuente salir de esas celebraciones con una sensación de paz. La paz viene cuando se celebran las contradicciones de la vida, no cuando se eluden; la paz viene cuando se celebran las opciones de la existencia tal como ésta es, y no tal como se la quiera imaginar un grupo «protegido». En términos cristianos, la paz sólo puede considerarse auténtica si está «templada» en la solidaridad de Aquel que, por hacer frente al mal, fue asesinado y a quien el Padre resucitó.